

El autobús de los recuerdos

“Para los mortales soy un friki bus”, dice el joven como si del propio Zeus se tratase. Se siente especial, “un ejemplar único”. No es el dios del trueno ni del cielo, sus poderes son extraordinarios en este mundo ordinario. La calle no tiene rincones silenciosos, los coches suben y bajan, el tráfico es la banda sonora en la espera. A lo lejos, un autobús de la línea 8 se aproxima a la parada. Álvaro no lo ha visto, está a sus espaldas, y con una sonrisa pícaro menciona un número: 604. Entre tantos vehículos él distingue a los autobuses, sabiendo exactamente cuál es con tan solo escuchar su motor, diferencia sus matices como un director de orquesta aprecia las dispares notas y tonos de una canción.

“Ser friki bus es algo que le pasa a uno entre un millón”. Álvaro Roldán, un estudiante de Ingeniería de Caminos, es uno de ellos dentro de esa ínfima probabilidad. Cuando tenía ocho años, con la curiosidad característica de un niño y la perspicacia de un pequeño genio, comenzó a dibujar su propio itinerario, fue memorizando cada una de las líneas de autobús urbano de Málaga.

Si le preguntas la razón por la que le afician los autobuses no sabrá decírtela y ahí está la magia. Lo más especial de que algo te apasione es que no sepas por qué te gusta. “Son tan bonitos, casi como las vivencias que hayas tenido dentro de ellos”.

Lejos de la parada de la línea 8, en la EMT, Pedro García, un conductor de 32 años de la línea 16, abre las puertas del 472, un veterano Mercedes articulado. Siente lo mismo que su compañero de afición y su amigo: “Siempre me he preguntado por qué me gustan los autobuses”, –se encoge de hombros– “¿por qué te gusta a ti algo? No lo sabemos”. Mira un momento por la ventana del autobús y con más decisión que antes responde: “Supongo que desde pequeño hay algo que te llama la atención poderosamente sin realmente saber por qué y te enganchas a eso”.

Entre ellos bromean, se llaman frikis. En realidad, prefieren reconocerse solo como aficionados, la gente los suele calificar como bichos raros y ven que friki es una palabra despectiva. Pedro se pone serio y explica que “hay veces en las que no todas las aficiones están bien vistas o son normales. Si te gusta el fútbol eres uno más de la inmensa mayoría. Si te gustan los sellos, ¡jojo!, que ya hay menos y si te gustan los autobuses, ¡jojo, que este tío es raro!”.

No les importa cómo se ven a través de la mirada de los demás, lo que les importa es lo que ellos son capaces de apreciar de un autobús, lo que hay más allá del vehículo. Los recuerdos son una de sus piezas más preciadas. Pedro, que además de conductor es uno de los miembros fundadores de Tran-Bus (Asociación Malagueña para la Recuperación y Restauración de Tranvías y Autobuses), se ha dado cuenta que

también lo son para cualquier persona. “Puede que no seas un friki de los buses, pero cuando, por ejemplo, exponemos autobuses en la Plaza de la Marina, llega el abuelo que se montó en los de hace 50 años o el joven que lo cogía para ir a entrenar con su equipo de fútbol”.

Álvaro inicia un recorrido por el interior del 472. Señala las “obras de arte” de los malagueños, el cristal está rallado y repleto de pintadas. No solo critica la actitud de los ciudadanos con el transporte público, también reconoce que el servicio podría mejorarse. Ahora se fija en una trampilla, sobre la cabeza de los viajeros es el elemento que esconde el cableado y los conductos de ventilación. Está suelta por uno de los lados. Cuando Álvaro se da cuenta, saca su juego de llaves, entre las que tiene un “cuadradillo”, una llave cuadrada grande propia de los autobuses antiguos y que le regaló Pedro. Con ella, hace girar la solapa y arregla el desperfecto. “¿Ves qué fácil? Así se queda bonito”.

Fuera del 472 la afición se convierte en un pequeño mundo explorable. Hay muchos autobuses que parecen prácticamente iguales, hasta que Álvaro revela sus misterios. Es el momento de conocer el ingrediente secreto que hace que una receta sea irresistible. “Cada autobús posee un detalle que lo hace único. Por ejemplo, el 495 es especial porque los de este modelo llevan un panel que tiene doce dígitos en dos líneas. Pero este equipa uno integral que permite mostrar número y destino sin ninguna restricción de caracteres”.

Como en todo universo, también hay héroes y villanos. El joven ingeniero ahora habla con un tono más elevado, está molesto. “No me gusta que se utilicen a los autobuses como arma política”. Hace una breve pausa, vuelve a tener un tono calmado y explica que los colores políticos se asientan en los autobuses urbanos. Si en una ciudad gobierna el PP el autobús será azul, si gobierna el PSOE será rojo. “Por eso no me gusta el color de los autobuses de la EMT. Los autobuses perdieron el neutral verde pistacho cuando llegó el PP y se pintaron de azul”.

A unos pocos metros, Pedro sostiene un par de herramientas entre sus manos, mientras que otros dos miembros de Tran-Bus, Alejandro y Ramón, ya están trabajando. Preparan un autobús para pintarlo posteriormente. Ramón conduce autobuses desde hace 28 años. Cuando no tiene el volante entre sus manos, sus manos arreglan autobuses o firman una gran cantidad de papeleo. “Me gusta conservar los autobuses porque son nuestra historia, tenemos 125 años de historia y no la conoce prácticamente nadie. Por suerte, hay unos frikis que están trabajando para que se conozca más”.

En ocasiones el esfuerzo no es suficiente y aparecen baches en la carretera. “Hay muchas dificultades. A veces, nos ceden los coches y desaparecen”. Ramón no tarda en recordar la última vez que esto les ocurrió. Fue con el 372, la primera unidad de

Renault Citybus que se fabricó en España. “De la noche a la mañana comenzaron a desguazarlo”.

En otra parte de Málaga, tres autobuses se exhiben en el Skatepark del Parque del Norte como una obra de arte, pintados de principio a fin con *graffitis*. Álvaro los mira, se fija en que el último de ellos aún conserva el cartel de Tran-Bus en la puerta delantera. No entiende qué hacen ahí parados. “Acabaron aquí injustamente, con la excusa de que no tenían arreglo, para montar tiendas en sus interiores. Aún sigo esperando que se pueda recuperar alguno”.

Otro joven, Adrián Clavijo, se acerca, saluda y no pierde ni un segundo. Sus ojos se clavan en los tres autobuses. “El autobús del medio era el que yo cogía de chico”. Una vez más, los recuerdos desafían al tiempo y el pasado se convierte en presente durante unos instantes. Toda su vida ha viajado en la línea 1, es su predilecta.

La unicornio, la lata de sardinas, los Mierdaway, palabras del Olimpo. Álvaro y Adrián las dominan y se las enseñan a cualquiera que quiera conocerlas, no son más que la línea 36, la línea 1 y los Urbanway. Adrián se ríe mientras pregunta: “¿Un friki bus? Es solo la manera de verlo desde fuera”.

Si estás dentro, tal vez tengas que librar más de una batalla. Alfonso Albarrán, conocido como Sito, sabe la contaminación que desprenden los aficionados de los autobuses. Cuando empezó a dar sus primeros pasos, conoció a través de Internet a quien fue su maestro. De él aprendió sitios donde encontrar autobuses y tomarles buenas fotografías, “como esta estación de autobús, que fue el primer lugar en el que yo hice fotos”. Con el paso del tiempo, “tuve un pique con él a raíz de la afición porque él se consideraba exclusivo”.

Su mentor tenía contacto con una empresa de Málaga que le proporcionaba información sobre cuándo llegaba un coche nuevo o cuándo lo iban a matricular, entre otros asuntos. “Tiempo después, yo me iba enterando de cosas así y se lo comentaba. Empezó a ver que ya no era el único. Así dejamos de hablar”.

Esa no es la pérdida que más añora. Mira a Álvaro, que está sentado a su izquierda, y con una sonrisa entristecida dice: “Yo le presenté a Pedro y fíjate cómo ha acabado la cosa”. Tampoco se hablan, lo que no significa que no le tenga cariño. El momento en el que se conocieron es “una de las anécdotas que mejor recuerdo”.

Era la época en la que Pedro fundó Tran-Bus, hace nueve años. Se conocieron a través de las listas de difusión de correos electrónicos de una web sobre autobuses. Sito vio que había aficionados de Málaga y contactó con Pedro, que le dijo que estaba en la línea 16. “Un día yo estaba en el Paseo del Parque sentado con mi expareja en un banco, pasó un autobús, se abrió la puerta y me fijé que lo conducía Pedro. Nos

miramos, pero no dijimos nada. Sabíamos quiénes éramos porque nos habíamos mandado fotos, pero ese día no nos atrevimos”.

Al día siguiente, Sito ni siquiera tenía pensado coger el bus, hasta que vio pasar al 16 y Pedro era el que conducía. “Esta vez sí, había que lanzarse”. Se montó y cuando le iba a pagar el billete, Pedro no le cogió el dinero. “Me tiré todo ese día con él dando vueltas. A partir de ahí, me avisaba en qué línea conducía y yo lo acompañaba. Como hace Álvaro ahora”.

Por aquel entonces, gracias a su amistad con Pedro, le gustaban los autobuses urbanos. A día de hoy, el autocar discrecional es el que le apasiona. “El urbano lo veo muy monótono, aunque ahora no tanto. Ves a los autobuses de la EMT y parecen el ejército de Pancho Villa, cada uno de un color o rotulado de maneras distintas”. Tal vez la mayor variedad se encuentre en su ordenador, donde guarda 5.500 fotos hechas a autobuses distintos.

Lo diferente, más bien lo poco común, es lo que de una manera u otra une a los amantes de los autobuses. En Málaga, Sito calcula que habrá como mucho veinte. Ciudadanos que cogen el autobús cada día hay muchos más y puede que odien al autobús que siempre pierden, o el que siempre hace pasar el tiempo más lento porque no llega a su hora. Con el paso de los años, puede que cambies de parecer. Álvaro así lo cree, “es un momento que no te gusta y estás jodido, pero con los años lo recuerdas como algo anecdótico, de lo que reírte, formó parte de tu vida”.

En la estación de autobuses las anécdotas se entremezclaban con el sonido del altavoz: “En dos minutos el autobús con destino a Granada efectuará su salida”. Ahora Álvaro busca una nueva aventura sobre ruedas. “Vamos en un Andecar Seneca, en un microbús que va hacia Santa Amalia, una barriada de Alhaurín de la Torre. Nunca había estado en esta línea y quería probar una nueva”.

Álvaro saca de su bolsillo un puñado de tarjetas, dieciséis para ser exactos. Sevilla, Córdoba, Zaragoza o Lisboa, son algunos de los lugares a los que ha viajado y de los que conserva las tarjetas de bus. Mientras cuenta las historias que las hacen especiales, el microbús hace un ruido extraño, fuerte y gracioso.

- ¡Oh no, vamos a volar! - dice mientras se ríe a carcajadas.

Decide guardar el billete de este trayecto, ese sonido lo ha hecho más singular de lo que ya lo era para él. “Esta es una de las líneas secretas, te puedes bajar en el aeropuerto por menos dinero de lo que te cuesta ir en la línea A, pero la gente no lo sabe”.

No hay muchas personas a las que les apasionen los autobuses, a día de hoy puede que con las nuevas tecnologías haya más o simplemente salen a la luz, tal y como piensa Pedro. ¿Qué tal si por un día tratamos de sentir la magia de ver al autobús como algo más que un vehículo?

Es mejor no preguntarle al mundo qué necesita. Pregúntate qué te hace sentir vivo y ve a por ello, porque el mundo lo que necesita es a personas que se sientan vivas.